

Arendt par elle-même

Hannah Arendt: *Lo que quiero es comprender. Sobre mi vida y mi obra*, traducción de Manuel Abella y José Luis López de Lizaga, Trotta, Madrid, 2010, 304 pp.

Como explica Ursula Ludz en la introducción del libro que me ocupa, Hannah Arendt jamás escribió una autobiografía; es más, a diferencia de algunos de sus colegas filósofos o intelectuales en general, propensos a la escritura más o menos introspectiva en la forma de diarios, dietarios y cuadernos de anotaciones, lo autobiográfico no fue nunca para ella una preocupación digna de figurar en negro sobre blanco. Por esta misma razón, se puede considerar que el volumen de textos editados por Ludz y publicados por la editorial alemana Piper en 1996¹ bajo el título *Ich will verstehen. Selbstaussagen zu Leben und Werk* es – con todas las limitaciones propias del caso – lo más parecido a una autobiografía de Arendt a lo que puede acceder el lector alemán y, partir de ahora mismo y gracias a la publicación de su traducción por parte de la Editorial Trotta, el lector en lengua española.

Salvando las distancias y el hecho evidente de que la propia autora no participó en la confección del libro (Arendt había muerto veinte años antes), *Ich will verstehen* puede leerse como un especie de “Arendt par elle-même” (en inglés sería “Arendt by herself”), siguiendo un poco ese modelo francés de escribir las biografías dejando la palabra siempre que se puede al biografiado, escuchando su voz y entresacando de su propia obra o de su vida todos aquellos fragmentos o episodios que puedan ser leídos o interpretados por el lector en clave autobiográfica.

En este sentido, los materiales reunidos por Ursula Ludz en este volumen ahora traducido por primera vez al castellano son una serie de testimonios en primera persona que intentan responder a la pregunta “¿Quién es Hannah Arendt?” y que, como explica la editora en el texto introductorio, se reúnen en un solo volumen pensando en un lector que no responde al perfil del especialista en la obra de la pensadora judía nacida en 1906 en Hannover, sino que se dirigen más bien a un sector del público mucho más amplio que comprende “a todos aquellos que, aguijoneados por una curiosidad antigua o reciente, se hacen esa pregunta y pretenden responderla desde una lectura propia. Aquí nos proponemos dejar que Hannah Arendt se presente a sí misma” (9).

La otra razón implícita que hay detrás del volumen es, como se suele aducir en estos casos por parte de aquellos que se sienten en deuda intelectual hacia la persona u obra en cuestión que es objeto de revisión o puesta en valor, una razón de tipo moral: hacer justicia a alguien a quien se considera

¹ El texto que publica ahora la Editorial Trotta en castellano corresponde a la reedición del libro publicada en Alemania en 2005; para esta reedición se revisó la “Introducción” y se actualizó la bibliografía.

injustamente tratado o insuficientemente valorado. En este sentido, se queja la editora de que la notoriedad que ha ido adquiriendo la obra de Arendt en los últimos tiempos no obedece a un incremento del interés por su obra original, que habría sido poco a poco relegada a los límites de la erudición y el mundo académico más especializado, sino al hecho de que “unas cuantas tesis y citas, entresacadas de su obra completa, quedaban elevadas a la categoría de lugares comunes”, de forma que, a día de hoy, “la «auténtica» Hannah Arendt resulta más bien desconocida para el gran público y según pasa el tiempo, nos atreveríamos a decir, lo que se cuenta de Hannah Arendt es más bien fruto de la ignorancia que del conocimiento” (10).

Con el noble ánimo de paliar esta ignorancia, en *Lo que quiero es comprender* se reúnen una serie de trabajos de Arendt agrupados en dos partes o secciones. La primera parte del libro está integrada por la famosa carta que envía Arendt a Gerhard Scholem en 1963 respondiendo a las críticas de éste; la transcripción de tres entrevistas televisivas (las más importantes de entre las cinco que Arendt concedió a lo largo de su vida) concedidas por Arendt a Thilo Koch (grabada en Nueva York el 24 de enero de 1964, para la serie “Panorama”), Günter Gaus (emitida el 28 de octubre de 1964 por la cadena de televisión ZDF, el segundo canal de la televisión pública alemana) y Roger Errera (a partir de las charlas entre Errera y Arendt durante varios días de octubre de 1973 en Nueva York se elaboró un programa de una hora que fue emitido por la ORTF el 6 de julio de 1974); y completa esta primera parte la transcripción de las intervenciones de Arendt en un Congreso – The Work of Hannah Arendt – organizado por la Toronto Society for the Study of Social and Political Thought en noviembre de 1972 y al que acudió la propia Arendt para discutir sobre su pensamiento con amigos y colegas. La segunda sección del libro es algo menos académica o, como dice la editora, más espontánea, pues la forman una selección de los pasajes más autobiográficos extraídos de la correspondencia que durante varios años mantuvo Arendt con el filósofo Karl Jaspers y con su esposa, Gerturd; son fragmentos que abarcan el tiempo que va de 1930 a 1968 y en ellos se conjugan las reflexiones más íntimas o domésticas en las que se tratan asuntos de la vida privada, con consideraciones en torno a temas concretos – como su condición de judía – o más generales – como el antisemitismo, el mal, la vejez o la muerte – y opiniones de Arendt sobre algunas de sus obras más conocidas: *Los orígenes del totalitarismo* (1951), *Rahel Varnhagen: vida de una judía alemana en la época romántica* (1959), *Eichmann en Jerusalén* (1963).

Completa el volumen original alemán una cronología con los hitos fundamentales en la trayectoria vital de Arendt y un amplísimo y documentado catálogo en el que se recogen las referencias bibliográficas a todas las publicaciones de Arendt (en sus primeras ediciones, en inglés y alemán) entre 1929 y 2005. En el caso de esta edición española de Trotta, además, se añade a todo esto una completa y muy útil bibliografía – “Hannah Arendt en español”

– elaborada por Agustín Serrano de Haro² en la que el lector de Arendt en lengua española puede encontrar reunidas – y censadas siguiendo el método de la lista de títulos elaborada para el original alemán – las referencias a todas las traducciones al español de la obra arendtiana publicadas hasta la fecha.

Aceptada la comprensible dificultad de resumir el contenido del libro y bien entendida – o eso espero – la inutilidad de dicho propósito, si es que existiera por mi parte, sí creo conveniente apuntar a modo de primeras impresiones de la lectura, algunos aspectos que me han llamado la atención o que considero de una relevancia superior al resto, dando la voz yo también – y por ceñirme al espíritu que animó la confección del libro – a la propia Arendt.

La carta que dirige Arendt a Scholem es una respuesta a los ataques que éste le había lanzado en el contexto de la campaña orquestada desde distintas esferas contra Arendt a raíz de la publicación en 1963 de su polémico libro *Eichmann en Jerusalén*, acusándola – a ella y a “tantos otros intelectuales procedentes de la izquierda alemana” – de no tener “amor a los judíos”. De la réplica ofrecida por la pensadora judía en su misiva quisiera rescatar un fragmento tremendamente ilustrativo para el lector sobre la postura de Arendt sobre su posición personal de afecto o desafecto respecto al pueblo judío como grupo organizado, tema espinoso en la biografía arendtiana que se repite una y otra vez en sus declaraciones:

[...] nunca en mi vida he “amado” a pueblo o colectivo alguno, ni al alemán, ni al francés, ni al norteamericano, ni tampoco a la clase obrera o cualquier otra cosa de este tipo. En realidad, sólo amo a mis amigos y me siento completamente incapaz de cualquier otra clase de amor. En segundo lugar, tal amor a los judíos me resultaría sospechoso, puesto que yo misma soy judía. No me amo ni a mí misma ni nada de lo que sé que, de algún modo, pertenece a mi propia sustancia. Para que entienda usted lo que quiero decir, me gustaría referirle una discusión que tuve en Israel con una alta personalidad política [Golda Meir, Ministra israelí de Asuntos Exteriores durante el proceso contra Eichmann] que, a mi modo de ver, era partidaria de una fatídica no separación de religión y Estado en Israel, y que decía (reproduzco el sentido de lo que dijo, pues no recuerdo ya cuáles fueron sus palabras exactas): “Comprenderá usted que, como socialista, no creo en Dios, creo en el pueblo judío”. Pienso que esta afirmación es terrible. Tan horrorizada me quedé que no fui capaz de responder, pero debería haberle dicho: lo grandioso de este pueblo ha sido precisamente su fe en Dios, una fe en que la confianza y el amor a Dios superaba con mucho el temor de Dios. ¿Y

² Agustín Serrano de Haro es Científico Titular en el Instituto de Filosofía del CSIC y especialista en la obra de Arendt, sobre cuyo pensamiento ha publicados distintos ensayos y trabajos de investigación, además de haber editado y traducido al castellano varias de sus obras (*El concepto de amor en san Agustín* [Ediciones Encuentro, 2001], *Ensayos de comprensión 1930-1954* [Caparrós Editores, 2005]).

ahora resulta que este pueblo ya sólo cree en sí mismo? ¿Qué saldrá de aquí? Así que, en este sentido, ni “amo” a los judíos ni “creo” en ellos; simplemente pertenezco a ellos de manera natural, fáctica (31).

En la entrevista con Günter Gaus, la más famosa de las concedidas por Arendt y seguramente la más interesante, se tratan temas muy distintos, empezando por la confesión que hace nuestra autora de no haberse sentido aceptada nunca en el gremio de los filósofos (una ocupación tradicionalmente masculina, como remarca Gaus y admite Arendt), sino en el grupo de las personas que tienen como profesión la teoría política y que desea contemplar la política con ojos “no enturbiados por la filosofía”. De todos estos temas, quisiera destacar varios, cada uno por sus motivos.

Un primer tema que surge al hilo de la conversación y que me gustaría reflejar aquí es el del “problema de la emancipación”, como lo formula Gaus. Es interesante escuchar – o leer en nuestro caso – las palabras de Arendt sobre este asunto porque demuestran, a mi juicio, lo malinterpretada que ha sido la obra arendtiana por parte de determinados sectores del feminismo contemporáneo que, de forma tal vez interesada, han tomado a Arendt como a una pensadora feminista, en el sentido más puro y ortodoxo del término, esto es, como defensora de la igualdad total y en todas las esferas entre hombres y mujeres. En la siguiente reflexión se comprueba que, sin negar la existencia del problema de la emancipación de la mujer, nuestra autora muestra un cierto distanciamiento respecto del mismo e incluso defiende – seguramente influida por el hecho de no haber sufrido en primera persona el problema, como ella misma reconoce – una postura que no encaja con la visión que de su pensamiento se nos ha querido transmitir desde determinados ámbitos del feminismo, en un buen ejemplo del triunfo de esos “lugares comunes” sobre Arendt y su pensamiento denunciados por este libro:

Sí. El problema, como tal, existe siempre, naturalmente. Pero la verdad es que yo he sido siempre un poco chapada a la antigua. Siempre he pensado que hay ocupaciones que no son adecuadas para mujeres, que no les pegan, si se me permite decirlo así. Una mujer dando órdenes es algo que no se ve bien. Si le importa conservar cualidades femeninas, la mujer debe evitar puestos semejantes. No sé si tengo razón o no. Yo misma me he guiado de algún modo por este principio, de forma más o menos inconsciente – o, mejor dicho, de forma más o menos consciente –. Para mí, personalmente, el problema no ha tenido ninguna importancia. La verdad es que yo siempre he hecho lo que me apetecía (43).

Como no podía ser de otra forma, en la entrevista también se trata el asunto de la tremenda repercusión que tuvo en el ámbito internacional y, muy especialmente entre el colectivo judío, la publicación de *Eichmann en Jerusalén* (1963), la ampliación del reportaje que hizo Arendt cuando acudió a Jerusalén

enviada por *The New Yorker* para cubrir el proceso al antiguo Teniente Coronel de las SS, Karl Adolf Eichmann. Como reconocía la autora, más que el contenido en sí del libro, lo que más molestó a determinados sectores del pueblo judío fue el tono distanciado y, en ocasiones, irónico, con el que Arendt describió la figura de Eichmann y su relación con el fenómeno al que ella dio el nombre de “la banalidad del mal”. En esta entrevista intentó Arendt aclarar su posición al respecto y responder a todas las críticas que la publicación del libro le habían granjeado:

Frente a esto [las críticas al tono de ciertos pasajes de Eichmann en Jerusalén] no tengo nada que decir. Ni tampoco quiero decir nada al respecto. Si se piensa que sobre estas cosas sólo se puede escribir en tono patético... Mire usted, hay personas que se han tomado a mal algo que, hasta cierto punto, puedo comprender: mi capacidad para seguir riendo. Pero realmente pienso que el tal Eichmann era un mamarracho, y lo digo después de haber leído, y muy atentamente, las 3.600 páginas de su interrogatorio policial. La verdad, ¡no sé cuantas veces tuve que reírme! ¡A carcajadas! Hay personas que se toman a mal esta reacción. ¡Qué quiere que yo le haga! Le diré una cosa: me seguiría riendo, aun si supiera que me faltan tres minutos para morir. Y, como usted dice, se trata del tono. El tono es predominantemente irónico, desde luego. Esto es algo absolutamente cierto. En este caso, el tono expresa realmente a la persona. Si se me echa en cara el haber lanzado una acusación contra el pueblo judío, debo decir que se trata de una mentira perversa, propagandística, y de nada más. El tono, en cambio, constituye una objeción contra mí en cuanto persona. Y frente a esto no tengo nada que hacer (58).

Y no puedo dejar de citar, en este breve repaso a la jugosa entrevista con Günter Gaus, las tajantes y sentidas palabras – aquí sí que recomendaría a todo el mundo que pueda hacerlo que vea el video de la entrevista, fácil de localizar en Internet – pronunciadas por Arendt cuando es preguntada por la conmoción que le causó la represión del régimen nazi en Alemania. Por mucho que hayamos leído sobre el asunto, no deja de impactar la descripción en primera persona de nuestra autora y su forma de contar el impacto que le produjo el conocimiento de la existencia de Auschwitz y de lo que allí se había hecho con el pueblo judío:

H. A.: [...] Mire, lo decisivo en este sentido no fue 1933. Lo decisivo fue el día en que nos enteramos de lo de Auschwitz.

G.G.: ¿Y cuándo fue?

H. A.: En 1943. Al principio no nos lo creíamos. Y eso que mi marido y yo siempre habíamos dicho que la panda aquella era capaz de cualquier cosa. Pero esto no nos lo creíamos, entre otras cosas porque carecía por completo de sentido, desde el punto de vista de las

necesidades y las exigencias militares. Mi marido se dedicó un tiempo a la historia militar y sabe algo de estas cosas. Me dijo: no dejes que te cuenten historias, ¡no pueden haberlo hecho! Pero medio año después tuvimos que creerlo, porque nos lo demostraron. En ese momento se produjo la verdadera conmoción. Hasta entonces, uno se decía: bueno, tenemos enemigos. Es algo completamente natural. ¿Por qué no habría de tener enemigos un pueblo? Pero lo otro fue completamente distinto. Era como si se hubiera abierto un abismo. Porque uno pensaba que todo lo demás hubiera podido recomponerse de alguna manera ya que en política todo se deja siempre recomponer de alguna manera. Pero esto no. Esto no debería haber sucedido nunca. Y no me refiero al número de víctimas. Me refiero al empleo de cadáveres en un proceso de producción industrial y a todas esas cosas, en las que no necesito entrar. Esto no debería haber sucedido. Porque lo sucedido es algo que ninguno de nosotros logrará nunca quitarse de encima (55-56).

La discusión mantenida por Arendt con otros intelectuales en Toronto es un documento autobiográfico en el sentido de que nos sirve, más o menos, para aclarar algunos de los puntos más discutidos y discutibles del pensamiento arendtiano. Se trata de un debate muy teórico y de un nivel intelectual mucho más elevado – y por ello más difícil de seguir para el lector común que se quiere tener una primera toma de contacto con la figura de Arendt – que el que predomina en el resto del libro. De este intercambio erudito de pareceres y opiniones sobre varios de los temas que toca Arendt en su obra, me ha interesado especialmente la dicotomía que establece nuestra autora entre “pensamiento” y “acción”, “teoría” y “praxis” o, en una clásica distinción que le es muy querida, *vita activa* y *vita contemplativa*. Como reconoce la propia protagonista, este modo de pensar aristotélico, que parte siempre de la contraposición de dos realidades distintas y opuestas, es muy característico de la obra de Arendt; una obra que, por otra parte, y como apunta uno de sus interlocutores en este debate, tiene como uno de sus mayores “defectos” (en el sentido de ser un aspecto que dificulta mucho su comprensión y, por ello, su llegada a un público más amplio) el hecho de construirse sobre un edificio conceptual muy personal, muy particular. En efecto, cualquier que haya leído a Arendt sabe que, si por algo se caracteriza su estilo es justamente por emplear un vocabulario formado por conceptos a los que la autora da un sentido y un significado propio, distinto al habitual; conceptos que, como dice exactamente el interlocutor en este debate, Arendt define de una forma que solamente es válida para ella misma, llegando con ello a “conclusiones desconcertantes y paradójicas” y – y esto lo añado yo – mareando en ocasiones, cuando se trata de cotejar su postura con la de otros autores, hasta al lector mejor intencionado.

De la amplia selección de pasajes entresacados de la correspondencia de Arendt con el matrimonio Jaspers, solo rescataré unas líneas. Como ya he

dicho, se trata de unos textos que nos acercan un poco a la Arendt más humana, la que nos habla de la convivencia con su segundo marido, Heinrich Blücher, y de su vida cotidiana como ciudadana instalada en los Estados Unidos (las conferencias que imparte en varias universidades americanas, sus viajes a Europa, sus distintos trabajos, etc.). Al margen de esta faceta más privada y familiar, en este intercambio epistolar, en el se evidencia el cariño y la admiración de nuestra autora hacia la figura de Jaspers, se tratan algunos temas que son constantes en la vida de la pensadora. Muy interesante en este sentido me parece la respuesta que da Arendt a la eterna pregunta sobre sí, tras su emigración a los Estados Unidos y su posterior nacionalización, todavía seguía sintiéndose como parte de la comunidad judía o todavía sentía algún tipo de apego hacia su país natal. En este punto, Arendt repite algo que había dicho ya en varios lugares e insiste en un aspecto fundamental como era el de la importancia que para ella siempre tuvo el alemán como su lengua materna (“Siempre he rechazado – dice en la entrevista con Gaus – la pérdida de mi lengua materna”):

Veo que usted me pregunta si soy alemana o judía. Francamente, desde el punto de vista personal o individual me da lo mismo. Por desgracia la solución de Heine ya no sirve. Era la solución del señor de un mundo de sueños. Pero por otro lado, y a pesar de lo que parece, esto ya no tiene tanta importancia. Yo respondería así: políticamente siempre hablaré sólo en nombre de los judíos, en la medida en que las circunstancias me obliguen a indicar mi nacionalidad. Para mí es más fácil que para su esposa, porque estoy más alejada de todo eso, y porque nunca me he sentido espontánea o insistentemente “alemana”. Lo que queda es la lengua, y una sólo llega a saber de verdad lo importante que es cuando habla y escribe en otras lenguas, mas nolens que volens.

[...]

No puedo contestar hoy a su última carta. Pero creo poder prometerle que no dejaré de ser alemana, en el sentido que usted defiende; es decir: no renegaré de nada, ni de su Alemania y la de Heinrich, ni de la tradición en la que crecí, ni de la lengua en la que pienso y en la que se escribieron los poemas que más amo. No me inventaré nada, ni un pasado judío ni uno americano (179-182).

De todos estos testimonios, de todas las opiniones expresadas por Arendt a lo largo de su vida, se desprende una interesante conclusión que es, sin lugar a dudas, la que la ha convertido en una de intelectuales más valoradas del siglo XX. De cara al exterior, a los lectores e investigadores que en algún momento nos hemos sentido atraídos por sus complejas teorías, lo más atractivo del pensamiento arendtiano es su independencia, su originalidad. Por decirlo con sus propias palabras, la filosofía de Arendt es un “Denken ohne Geländer”, un “pensamiento sin barandillas”, lo que equivale a decir un pensar por sí misma y

partiendo de sí misma para llegar a sus propias conclusiones, sin tener en cuenta la pesada carga de la tradición, “como si nadie antes hubiese pensado nunca”.

“Lo que quiero es comprender”, la frase pronunciada por nuestra autora en su entrevista con Günter Gaus es de alguna forma el hilo conductor que atraviesa el libro y la obra completa – y hasta toda la existencia, si es que ambas cosas se pueden desligar – de Arendt, desde su temprana tesis doctoral sobre El concepto de amor en San Agustín, hasta sus últimos artículos, pasando por el prefacio a la primera edición de *The Origins of Totalitarianism* que, según la editora, resulta un texto crucial en el que Arendt reflexiona sobre “the difficulty of understanding” en relación al fenómeno del totalitarismo. En este texto introductorio a su primer libro importante encontramos una primera definición de lo que significa para Arendt el verbo “comprender”, “verstehen”, “to understand”. Quizá la diferencia clave entre ella y el resto de esos grandes pensadores y filósofos del siglo XX que le disputan el protagonismo radica en esta voluntad de comprender y, con ella, de tratar de hacernos comprender a todos. Como dice Arendt en unas palabras con las que quiero concluir mi lectura de esta suerte de autobiografía hecha de retazos, más que en el reconocimiento o en la fama, no siempre es compatible con el instinto de saber, la poca o mucha felicidad que disfrutó durante su vida le fue dada a través del comprender y, en la misma proporción, de la alegría de ser comprendida:

Ahora me pregunta usted por la repercusión. Se trata – si se me permite ironizar – de una pregunta masculina. Los hombres siempre quieren tener una repercusión fructífera. Pero hasta cierto punto yo contemplo todo esto desde fuera. ¿Tener yo misma una repercusión? No, lo que quiero es comprender. Y cuando otras personas comprenden, en el mismo sentido en que yo he comprendido, esto me produce una satisfacción que es como un sentimiento de pertenencia (44).

Francisco Fuster Garcia
Departament d’Història Contemporània
Universitat de València